

Miguel Ángel González

Cariño

**Alianza** editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Miguel Ángel González González, 2018  
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-9181-280-7  
Depósito legal: M. 26.603-2018  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

Comencé a escribir el primer borrador de esta historia en el mes de abril del año 2016 en el pueblo de Cariño, Galicia.

Y lo terminé la noche del 2 de noviembre de ese mismo año en la habitación de un hospital en Madrid, horas después del nacimiento de mi hija Daniela.

Para ella es este libro.



Tu vida no es lo que tienes, cariño, tampoco lo que consigues. Tu vida es todo aquello a lo que estás dispuesto a renunciar.

RICHARD FORD  
*Incendios*

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría, pues ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo todo.

JUAN RULFO  
*Pedro Páramo*

Pensaba que la forma más triste de marcharse es no tener a alguien que te diga adiós.

BENJAMÍN PRADO  
*Ya no es tarde*

He llegado demasiado lejos y ahora no sé cómo volver.

ELVIS PRESLEY



## Nota previa a la novela

Empezaré por el final.

El día que su madre murió llovía en la calle y nevaba en la televisión. No era nieve de verdad, en cualquier caso. En la pequeña pantalla de la cafetería de la estación de servicio en la que se detuvieron para usar el cuarto de baño y para que el chico pudiera llamar al hospital, reponían esa película de los años noventa protagonizada por Johnny Depp, en la que interpreta a un adolescente que ha sido fabricado artificialmente y que en lugar de manos tiene unas afiladas cuchillas que le nacen directamente de las muñecas.

La historia se centra en un período breve de tiempo en la vida del protagonista, los días concretos en los que es acogido por una modélica familia que vive en un barrio residencial; al principio no parece que vaya a encajar con ninguno de los pintorescos vecinos de la zona, puesto que son dicharacheros mientras que él es discreto e introvertido, pero el caso es que todo el mundo siente una tremenda curiosidad por las afiladas cuchillas que nacen directamente de sus muñecas y quieren conocerle y le invitan a fiestas y a barbacoas y él les corta el pelo y el césped y todo parece ir sobre ruedas.

La escena concreta que se estaba reproduciendo en la pequeña pantalla de la cafetería de la estación de servicio era esa en la que se ve a Winona Ryder de rodillas, bajo un árbol repleto de luces y adornos navideños, abriendo un paquete envuelto en papel de fantasía. Durante unos segundos no ocurre nada; después la cámara comienza a acercarse lentamente al lugar en el que ella se encuentra, hasta que muestra un primer plano de su rostro mirando hacia el exterior como si hubiera visto algo desconcertante que los espectadores no podemos contemplar. Entonces se pone de pie y comienza a caminar muy despacio hacia la puerta principal acompañada por una dulce melodía. Cuando sale al jardín el plano cambia y todos observamos lo que ocurre a través de sus ojos: Johnny Depp está de pie sobre una escalera de doce peldaños, tallando una figura angelical con dos enormes alas en su espalda sobre un bloque de hielo de más de una tonelada.

El volumen de la música sube y ella comienza a bailar, dando vueltas sobre sí misma, mientras su pelo y sus hombros se van cubriendo de lo que parecen ser pequeños copos de nieve, aunque realmente son restos de hielo que salen despedidos de la figura con dos enormes alas en la espalda.

Durante al menos un minuto completo él continúa trabajando frenéticamente con los ojos clavados en su creación, hasta que percibe la presencia de ella bajo la escalera, y en ese momento ambos se miran y sonríen ligeramente; una sonrisa breve, pequeña, una mueca casi imperceptible, pero que es suficiente para que todas las personas que nos encontramos al otro lado de la pantalla comprendamos que los dos personajes acaban de descubrir que están pro-





fundamente enamorados, y que el amor que sienten el uno por el otro es más grande de lo que hubieran imaginado un instante antes; más grande que ellos mismos, más grande que todas las diferencias que les separan, más grande incluso que el bloque de hielo de más de una tonelada sobre el que él ha tallado una figura angelical con dos alas que nacen directamente de su espalda.

Por eso la nieve de la pantalla no era nieve de verdad. Pero la lluvia que golpeaba con fuerza el asfalto sí que lo

era. Y la llamada telefónica al hospital también lo fue, tan real como la voz de su tía al otro lado de la línea llorando al creer que él se había fugado y que quizá nunca más volvería a verlo.

—¿Cómo está mamá? —preguntó.

—Ha muerto —respondió ella sin dejar de llorar.

Después los dos guardaron silencio. Un silencio denso y tangible. Un silencio que podían haber roto en cualquier momento para hacer preguntas o para dar explicaciones. Pero no lo hicieron, porque nada de lo que pudieran decir serviría para arreglar la vida de su madre, que ya se había roto en mil pedazos.

—Fui a buscarlo —dijo el chico finalmente—, pensé que si lo encontraba todo se arreglaría.

Tras pronunciar la frase colgó el teléfono. Lo hizo tan rápido como pudo para que ella no tuviera tiempo de responder, porque en su interior sentía que su vida se estaba resquebrajando y que también estallaría en mil pedazos si escuchaba que su madre se había muerto preguntando por él, o cualquier otra cosa por el estilo.

Miró a su alrededor. El bar estaba vacío a excepción del camarero, situado en la otra punta de la barra, desde donde contemplaba al chico con cierta desconfianza mientras secaba las tazas de café con un paño de algodón.

Sofía estaba en la calle, podía verla pasar por delante de la puerta de la cafetería una y otra vez. Siete pasos hacia un lado y siete pasos hacia el lado contrario, como una especie de coreografía previamente ensayada. Se cubría de la lluvia con un paraguas mientras fumaba un cigarrillo que sujetaba entre los dedos índice y anular.

Pudo haberse levantado para salir junto a ella en ese mismo instante; lo cierto es que no había mucho más que hacer allí dentro. Pero prefirió continuar sentado mirando la pequeña pantalla del local, porque ya había visto aquella película y sabía que ese idilio perfecto que estaban viendo los protagonistas se vendría abajo de un momento a otro y sus vidas se romperían en mil pedazos, como les había ocurrido a su madre y a él, y ambos se verían obligados a separarse y a olvidar ese amor que un segundo antes parecía indestructible. Y en ese momento, en ese preciso instante, necesitaba saber que en algún lugar del mundo, aunque fuera al otro lado de una pantalla de televisión, alguien sentía un dolor tan agudo en sus entrañas como el que él estaba sintiendo.